

El cuento que ofrecemos a continuación fue escrito por la niña Melany de la Caridad Martínez Pérez, de la comunidad Nuestra Señora de Fátima en Arroyo Naranjo y resultó premiado en el pasado concurso *Mi hogar en Navidad*

Un milagro de Navidad

Había una vez un pueblo muy lejano, dónde vivía una niña llamada Lucía a la que no le gustaba la Navidad, porque no tenía familia para celebrarla y solo contaba con un amigo llamado Julián.

Un día se le acerca una pobre anciana enferma y le dice:

–Pequeña, ¿me puedes dar un pedazo de pan?, es que no he comido nada en días y estoy muy cansada para continuar mi largo viaje.

La niña con sólo un pequeño trozo de pan le dijo:

–Tómelo, yo puedo conseguir más.

La señora, en agradecimiento, le dijo que pidiera un deseo y ella sin pensarlo exclamó:

–Solo deseo que desaparezca la Navidad.

Sorprendida la anciana por el pedido de la niña, le aseguró que al despertar su deseo se haría realidad. Efectivamente, a la mañana siguiente no había rastro de la Navidad.

Lucía ve a los niños rezándole a Jesús para que regresara la Navidad y les pregunta:

–¿Por qué tienen tanta fe en que la Navidad regresará? –le dice a uno de los niños.

–Tenemos fe, creemos en Jesús y no lo defraudaremos. Además, la Navidad es un tiempo para compartir, amar y estar en familia.

La niña, disgustada, respondió:

–¡Ver para creer! Jesús no existe y mucho menos la Navidad.

De repente, en un abrir y cerrar de ojos, aparece una luz en el cielo, baja un ángel y le comenta:

–Buenos días.

La señora se le acerca y le pregunta:

–¿Me puedes decir tú nombre?

–Me llamo Lucía y no pretendo sentarme junto a los demás para conversar con ustedes.

–Pequeña, no queremos obligarte a que nos acompañes, pero quisiera saber por qué tu alma está triste, si ya se aproxima la Navidad.

Ella con los ojos llenos de lágrimas, le confiesa:

–Yo era una niña muy feliz, vivía con mis padres y mi hermano en una casita en el campo. Hace dos años en Navidad hubo un incendio donde ellos murieron, desde ese día quedé sola, desamparada, sin familia. Caminé, caminé muchísimo hasta que fui encontrada por la Hermana Sor Amelia, quien cariñosamente me trajo a vivir para este orfanato. De ahí mi odio por la

Navidad, ese día perdí lo más preciado en la vida, la familia.

La señora la abrazó y dejó que la niña llorara en su regazo. Le dio consuelo diciéndole:

–Tranquila, no te preocupes por nada. No estamos aquí para juzgar el comportamiento de nadie. La vida para ti ha sido dura porque muy joven perdiste a tus seres más queridos, pero hoy Dios te ha bendecido con una nueva familia. Si nos aceptas eso seremos.

Lucía no podía creer lo que escuchaba, agradeció su propuesta y les explicó que ella no abandonaría a Julián porque había sido un apoyo en estos años de convivencia.

Conmovidos por sus palabras, los esposos aceptaron sus condiciones y decidieron festejar la Navidad todos los años en el orfanato; dando apoyo también a la educación de los niños.

De esta forma, guiados por la Hermana Sor Amelia, iniciaron el tiempo de preparación espiritual en la capilla para la celebración del nacimiento de Jesús. Los niños aprendieron que este era un tiempo de esperanza y de vigilia, de arrepentimiento, de perdón y de alegría. Entre todos colocaron la Corona de Adviento.

Había bellos regalos y golosinas junto al árbol de Navidad. Colocaron una estrella en representación de la fe que guía la vida; lazos que encarnan la unión de las familias y personas queridas; esferas y luces que simbolizan la luz de Cristo.

Lucía sintió su presencia, le sonrió y agradeció todo su empeño para que la fe y la esperanza volvieran a reinar en su corazón. Así comprendió que “DIOS ES AMOR Y NOS AMA”.

